



Boletín de Noticias NS

**NSDAP/AO : PO Box 6414
Lincoln NE 68506 USA
www.nsdapao.org**

#1080

26.11.2023 (134)

Michael Kühnen Soldado político: Tradición y espíritu de SA

Parte 3

LA TRAGEDIA DE LA SA (1933/34)

El 30 de enero de 1933 parecía colmar todas las esperanzas de los combatientes revolucionarios: Se había ganado la victoria, el Führer se había convertido en Canciller del Reich; el NSDAP se había convertido en la principal fuerza política de la nación alemana, su Destacamento de Asalto crecía irresistiblemente -en junio de 1934, más de tres millones de hombres alemanes ya llevaban con orgullo la camisa marrón de las SA-; el Jefe del Estado Mayor era Ministro del Reich y, en el Congreso del Partido del Reich de la Victoria de septiembre de 1933, fue señalado simbólicamente como la personalidad más fuerte después de Hitler y casi igual al Führer. Sin embargo, en el trasfondo crecía un descontento justificado en las SA:

Se habló demasiado poco de la realización y puesta en práctica de la revolución nacionalsocialista, demasiado de un "levantamiento nacional" que ya era completo. Pero una alianza y un compromiso con la todavía poderosa reacción en el Reichswehr, la administración y la economía no fue una victoria, fue sólo un éxito a medias. La lucha de las SA había sido siempre contra el Frente Rojo Y la reacción, desde que los primeros revolucionarios nacionalsocialistas habían sido traicionados y abatidos por la reacción el 9 de noviembre de 1923. El Frente Rojo había sido eliminado consecuentemente y finalmente derrotado después del 30 de enero de 1933, la revolución nacional había triunfado - pero ¿dónde estaba la

revolución socialista, que debía y debe ahora eliminar consecuentemente a la reacción?

Incluso el citado mensaje de Año Nuevo del Führer, a pesar de su palpable calidez y aprecio, sonó peculiarmente confuso y desvaído:

El Reichswehr debía seguir protegiendo al Reich en el exterior, pero ¿las SA en el interior? ¿Qué podría significar eso en concreto: protección en el interior, que en realidad tendría que significar el control sobre todo el aparato de seguridad del Estado y su reorganización? Pero de esto no cabía duda: aunque las SA fueron utilizadas repetidamente como "fuerza policial auxiliar" y varios dirigentes de las SA fueron nombrados jefes de policía, el aparato policial y de seguridad no estaba en absoluto subordinado a la dirección de las SA en su conjunto, como habría sido necesario y necesario para que las SA pudieran cumplir realmente esta tarea. ¿Habría tenido Röhm que hacerse cargo del Ministerio del Interior para este fin? - Tampoco se habló de ello.

La dirección de las SA era igualmente escéptica sobre la "división del trabajo" con el Reichswehr:

Los revolucionarios nacionalsocialistas que rodeaban a Ernst Röhm eran casi todos antiguos oficiales de primera línea y más tarde líderes del Freikorps, soldados políticos que habían sido obligados a abandonar el Reichswehr y que hacía tiempo que se habían dado cuenta de que esta fuerza aparentemente apolítica era en realidad un instrumento de poder altamente político para la reacción. Ernst Röhm y sus colaboradores comprendieron la lógica de la revolución: ¡una revolución sólo es realmente segura cuando ha creado su propio ejército revolucionario!

En la primera mitad de 1934, por tanto, las tensiones internas se intensificaron cada vez más: Las SA exigían una "segunda revolución" contra la reacción y, como paso decisivo para ello, la transformación de las SA en una milicia popular armada, así como el traslado de los dirigentes y sublíderes adecuados como oficiales y suboficiales a la Reichswehr para poder controlarla políticamente. De la combinación de ambos elementos -la creación de una pequeña élite nacionalsocialista altamente tecnificada, poderosa y rápidamente desplegable, con el apuntalamiento de una milicia popular compuesta prácticamente por todos los hombres en edad militar- debía surgir el deseado ejército popular nacionalsocialista bajo la dirección del Estado Mayor de las SA y sus medios decisivos de poder debían ser arrebatados de las manos de la reacción.

En consecuencia, el antiguo carácter dual de las SA volvió a hacerse cada vez más evidente: aunque siempre siguieron siendo una subdivisión sin restricciones del partido de acuerdo con su propia imagen, ahora no sólo querían volver a ser una

unidad militar, como en el pasado, ¡sino también ser el ejército popular revolucionario del futuro! Para ello, después de todo, había sido seleccionado y promovido por Röhm ya en 1919. Al fin y al cabo, así había entendido siempre su tarea como líder de las SA. Y esto correspondía también -como se ha dicho- a la lógica del NSDAP como partido revolucionario, que había afirmado: "**¡El partido manda sobre el Estado!**".

En sus ramas, el partido ya había establecido un "estado en la sombra" durante el período de lucha, que debía penetrar en el aparato estatal burgués después de la revolución y transformarlo en el sentido nacionalsocialista. Y en este Estado en la sombra, las SA siempre habían desempeñado el papel del futuro ejército popular. Ni la dirección de las SA ni el combatiente corriente de las SA comprendían ahora por qué, tras la toma del poder, esta reivindicación fue sacrificada cada vez más a todos los niveles -pero sobre todo en lo que respecta a la tarea de las SA- en favor de un compromiso y un reparto de poder y tareas con la reacción.

Apoyado por sus tres millones de combatientes de las SA, que, incluso desarmados, eran ya numéricamente el factor de poder más fuerte del Reich, Ernst Röhm empezó a contraatacar: Anticipándose a la esperada segunda fase de la revolución, empezó a transformar y reorganizar las SA en una formación militar, y mediante espectaculares llamamientos de grupos de las SA en todo el Reich, a través de discursos, proclamas y marchas, ejerció una presión cada vez mayor. Declaró:

"Si las almas burguesas piensan que basta con que el aparato del Estado haya recibido un signo diferente, que la revolución nacional ya ha durado demasiado, nos complace darles la razón por una vez; en efecto, ya es hora de que cese la revolución nacional y de que se convierta en la revolución nacional socialista. Les convenga o no, continuaremos nuestra lucha. Cuando por fin comprendan lo que está en juego, con ellos, si no quieren, sin ellos, y si tiene que ser, contra ellos."

Y finalmente, el 18 de abril de 1934, tuvo lugar la declaración de guerra abierta contra la reacción de una forma que ya no podía ser superada, cuando Ernst Röhm afirmó en un discurso:

"¡Pero no hemos hecho una revolución nacional, sino una revolución nacional-socialista, por lo que ponemos especial énfasis en la palabra "socialista"! Allí donde estas fuerzas nacionales, además de su pensamiento nacional, han aprendido y practicado entretanto el socialismo, pueden seguir marchando con nosotros. Pero allí donde piensen que haríamos la más mínima concesión a nuestra consecuente voluntad socialista por su bien, se equivocan gravemente."

La reacción y la revolución son enemigos mortales naturales. No hay puentes que se superpongan, porque una excluye a la otra. Con incomprensible indulgencia, el

nuevo régimen de Alemania, cuando llegó al poder, no hizo limpieza sin piedad con los portadores y secuaces del viejo y aún más viejo sistema. Hoy en día hay personas en puestos de la administración pública que aún no han sentido el tufillo del espíritu de la revolución nacionalsocialista. No les echamos en cara que tengan una actitud superada por la evolución, aunque no consideramos afortunado que hayan sido eliminados en lugar de ser equiparados. Pero les romperemos el cuello con firmeza y sin piedad si se atreven a confirmar esta actitud reaccionaria."

Tales proclamas y otras similares, repetidas por docenas en esos meses, hicieron correr cada vez más el rumor de que Ernst Röhm planeaba un golpe de Estado: que la segunda revolución, que él creía necesaria, iba a ser desencadenada por un levantamiento de las SA. Pero esto equivaldría a juzgar completamente a Röhm:

Ernst Röhm fue siempre un seguidor leal y fiel del Führer, aunque no un adulator bizantino, sino un amigo seguro de sí mismo y que pensaba por sí mismo. Con el armamento de las tropas de élite de las SA (Stabswache), la reorganización de las SA como fuerza militar y con sus llamamientos y proclamas, Röhm no estaba preparando un golpe de Estado, que difícilmente podría escenificarse de forma tan abierta y provocadora. Siempre estuvo claro que la segunda fase de la revolución no debía iniciarse contra Adolf Hitler, sino con él; pero también estuvo siempre claro que Röhm, como en 1924, dimitiría y devolvería su comisión si el Führer decidía en su contra. Clara prueba de ello es que Röhm no había dimitido del ejército boliviano a su regreso a Alemania, sino que sólo había pedido la excedencia, es decir, ¡dejó abierta la vía de regreso en caso de que no pudiera llevar a cabo sus ideas! Así pues, ni el 30 de junio de 1934 ni en ninguna fecha posterior hubo amenaza alguna de sublevación de las SA: el "Putsch de Röhm" fue en realidad un golpe de Estado contra Ernst Röhm, posibilitado por una guerra de nervios e intrigas de la reacción con las que se engañó al Führer.

Sin embargo, en este punto no debe hacerse ninguna crítica barata a Adolf Hitler: Röhm no quería dar golpes de Estado, pero sí ejercer presión, incluso sobre el Führer, para ganarle para sus ideas. Esto por sí solo era una violación de la "ley básica" de las SA, a las que no se les permite llevar a cabo su propia política, sino que siempre deben seguir siendo una subdivisión militante del partido y estar subordinadas a su estrategia y táctica. Esta violación habría justificado sin duda la destitución del jefe del Estado Mayor. También era irresponsable en una atmósfera política interna tan tensa, en la que no era posible un golpe de estado de las SA, pero sí era constantemente posible un golpe de estado reaccionario de la Reichswehr, que también fue amenazado en varias ocasiones. Un golpe de este tipo podría haber desembocado en una guerra civil.

Engañado por los rumores de putsch y las intrigas de la reacción, reforzado por los rivales de Röhm en el partido, presionado por el jefe del Estado Mayor y amenaza-

do por los esfuerzos de restauración reaccionarios, las acciones de Hitler el 30 de junio de 1934 sirvieron, a sus ojos, para evitar una inminente guerra civil. En este contexto, la ejecución de los dirigentes de las SA resulta comprensible. No se puede ni se debe querer juzgar la culpabilidad y la tragedia desde el cómodo sillón del observador histórico, ¡cincuenta años después!

Sin embargo, de las experiencias históricas se pueden extraer lecciones para el presente y el futuro, como ya hemos hecho con la primera tragedia de las SA el 9 de noviembre de 1923: La tensión subyacente del doble carácter de las SA -militar o puramente político- se liberó dos veces en acontecimientos dramáticos: El 9 de noviembre de 1923 y el 30 de junio de 1934. Las dos veces las SA estuvieron en la cúspide de su poder y las dos veces perdieron ese poder en sangrientos ajustes de cuentas que no les dejaron ninguna posibilidad. Después de 1923, la decisión de despojar a las SA de su carácter militar y transformarlas en un ejército de partido exclusivamente eficaz desde el punto de vista propagandístico fue acertada. En aquel momento, Ernst Röhm se equivocó. La tarea de las SA no era derrotar militarmente al sistema contra el que luchaban, sino reunir en sus filas a la élite combatiente de la nación y, mediante el ejemplo de su espíritu SA, ganar para el nacionalsocialismo a las amplias masas populares para hacer posible una revolución legal del NSDAP. Así es como habíamos entendido la tradición de las SA y así es como la aplicamos al tiempo de lucha actual.

El 30 de junio de 1934, sin embargo, el movimiento nacionalsocialista ya estaba en el poder, las SA habían cumplido esencialmente su tarea. En tal situación, sin embargo, se trata ahora de impregnar todas las instituciones y bastiones de poder del Estado burgués con el espíritu nacionalsocialista, transformarlos y ponerlos bajo la autoridad del partido. Esto incluye sobre todo todas las formaciones de seguridad interna y externa del Estado. ¡Estas áreas son las tareas clásicas de una SA victoriosa y de la élite militante de la nación organizada en ella! Sin una lucha de este tipo contra los bastiones de poder de la reacción burguesa, una revolución queda incompleta y debe fracasar y derrumbarse bajo las grandes tensiones, como finalmente ocurrió. Así que esta vez Ernst Röhm tenía razón.

La lucha consecuente y despiadada contra la reacción es, por tanto, la séptima exigencia de la tradición de las SA. A la vista de la sangrienta y trágica historia de las SA y de su gran jefe de Estado Mayor, nos situamos de manera muy consciente e inexorable en esta tradición de las SA, que se expresa claramente en las palabras de Ernst Röhm ya citadas:

"Reacción y revolución son enemigos mortales naturales. No hay puentes una y otra vez porque una excluye a la otra".

